

plejos. Federico sentía cada vez que se veía á su lado el placer de una novedad, y sin embargo, siempre la encontraba con su misma serenidad, parecida al cristal de las aguas límpidas. ¿Pero por qué sus maneras con la sobrina acusaban tanta frialdad? En ocasiones hasta la lanzaba miradas singulares.

Desde que se trató de casamiento, había objetado al Sr. Dambreuse con la salud de «la querida niña,» y se la llevó inmediatamente á los baños de Balaruc. A su regreso, surjieron nuevos pretextos: el joven carecía de posición, aquel gran amor no parecía serio, nada se arriesgaba con esperar. Martinon contestó que aguardaría. Su conducta fué sublime; predicó á Federico, hizo más: le indicó los medios de agradar á la señora de Dambreuse, hasta dejando entrever que conocía, por la sobrina, los sentimientos de la tía.

En cuanto al Sr. Dambreuse, lejos de mostrarse celoso, rodeó de consideraciones á su joven amigo, le consultaba sobre diferentes cosas, hasta se inquietaba de su porvenir, tanto, que un día que se hablaba del tío Roque, le dijo al oído con aire astuto:

—Ha hecho usted bien.

Y Cecilia, miss John, los criados, el portero, ni uno solo que no fuera con él agradable en aquella casa. A ella venía todas las noches, aban-

donando á Rosanette. Su futura maternidad la parecía más seria; hasta un poco triste, como si la atormentaran inquietudes. A todas las preguntas, contestaba:

—Te equivocas; estoy bien.

Eran cinco los pagarés que había suscrito en otro tiempo, y no atreviéndose á decirlo á Federico, después del pago del primero, había vuelto á casa de Arnoux, quien le prometió, por escrito, la tercera parte de sus beneficios en el alumbrado por gas de los pueblos del Languedoc (una empresa maravillosa), recomendándola que no utilizara aquella carta antes de la junta de los accionistas, junta que se aplazaba de semana en semana.

Sin embargo, la Mariscala tenía necesidad de dinero, y se habría muerto antes que pedirlo á Federico; no lo quería de él, porque esto hubiera perjudicado á su amor. Él subvenía con desahogo á los gastos de la casa; pero un carruaje alquilado por unos y otros sacrificios indispensables desde que frecuentaba la casa de los Dambreuse, le impedían hacer más por su amante. Dos ó tres veces, que había venido á horas desacostumbradas, creyó ver espaldas masculinas escapar por las puertas, y Rosanette salía á menudo sin querer decir adonde iba. Federico no intentó ahondar las cosas; uno de aquellos días tomaría su partido definitivo. Soñaba con

otra vida, que sería más divertida y más noble. Semejante ideal le hacía indulgente con el hotel Dambreuse.

Era aquella una sucursal íntima de la calle Poitiers. Allí encontró de nuevo al gran Sr. A., al ilustre B., al profundo C., al elocuente Z., al inmenso Y., á los viejos tenores del centro izquierdo, á los paladines de la derecha, á los burgraves del justo medio, á los eternos buenos hombres de la comedia. Estupefacto se quedaba con su execrable lenguaje, sus pequeñeces, sus rencores, su mala fé, todos aquellos que habían votado la Constitución se esforzaban en destruirla, y se agitaban mucho, lanzaban manifiestos, folletos, biografías; la de Fumichon, por Hussonnet, fué una obra maestra. Nonancourt se ocupaba de la propaganda en los campos; el señor de Grémonville trabajaba el clero; Martinon reunía jóvenes burgueses. Cada cual, según sus medios, se empleaba, hasta el mismo Cisy. Pensando ahora en las cosas serias, todo el día, hacía encargos en coche, para el partido.

El Sr. Dambreuse, como un barómetro, expresaba constantemente la última variación. No se hablaba de Lamartine sin que citara esta frase de un hombre del pueblo: «¡Basta de liral!» Cavaignac no era ya, á sus ojos, sino un traidor. El presidente, á quien había admirado durante tres meses, comenzaba á caer en su estimación

(no encontrándole «con la energía necesaria;») y como necesitaba siempre un salvador, su reconocimiento, desde el asunto del Conservatorio, pertenecía á Changarnier: «A Dios gracias, Changarnier... Esperemos que Changarnier... No hay nada que temer mientras Changarnier...»

Sobre todos exaltaban á Thiers, por su libro contra el socialismo, en que se mostraba tan pensador como escritor. Se refan enormemente de Pedro Leroux, que citaba en la Cámara pasajes de los filósofos. Se decían gracias acerca de la fila falansteriana. Iban á aplaudir la *Feria de las Ideas*; y comparaban á los autores con Arístofanes. Federico acudió con los demás.

La verbosidad política y la buena mesa, adormecían su moralidad. Por medianos que le parecieran aquellos personajes, estaba orgulloso de conocerlos, y deseaba interiormente la consideración burguesa. Una amante como la señora de Dambreuse le lanzaría.

Y se puso á hacer cuanto era preciso.

Hallábase á su encuentro en el paseo, no dejaba de ir á saludarla en su palco del teatro; y sabiendo las horas en que iba á la iglesia, se colocaba detrás de una columna en actitud melancólica. Para indicaciones de curiosidades, noticias de un concierto, préstamo de libros ó revistas, cambiaban billetitos continuamente. Además de su visita de la noche, á veces le ha-

cía otra por la tarde; y sentía una gradación de alegría pasando sucesivamente por la puerta principal, por el patio, por la antesala, por los dos salones; llegaba por fin á su gabinete, discreto como una tumba, templado como una alcoba, donde era difícil sortear el mullido de los muebles, tantos eran los objetos acá y allá colocados: telas, pantallas, copas y platos de laca, de concha, de marfil, de malaquita, lujosas bagatelas, renovadas con frecuencia. Las había muy sencillas: tres piedras de Etretat para prensa-papeles; una gorra de Frisonne colgada de un biombo chino; todas aquellas cosas se armonizaban, sin embargo; y hasta admiraba la nobleza del conjunto, cosa que quizás consistiera de la altura del techo, de la opulencia de las cortinas y de los largos volantes de seda que flotaban en los dorados palos de los taburetes.

Casi siempre estaba ella en un pequeño confidente cerca de la jardinera que guarnecía el hueco de la ventana. Sentado al borde de un gran *puf* con ruedas, le dirigía él los más justos cumplimientos, y ella le miraba con la cabeza algo de lado y sonriente.

Leía él páginas de poesía, poniendo allí toda su alma, para conmovérsela y hacerse admirar; deteníale ella por una observación denigrante ó una advertencia práctica, y su conversación recaía sin cesar en la eterna cuestión del amor.

Preguntábanse lo que lo engendraba, si las mujeres lo sentían mejor que los hombres, y cuáles eran sobre esto las diferencias. Federico procuraba emitir su opinión, evitando á la vez la grosería y la insulsez. Aquello se convertía en una especie de lucha agradable en algunos momentos, en otros fastidiosa.

No sentía Federico á su lado aquel encanto de todo su ser que le arrastraba hacia la señora de Arnoux, ni el alegre desorden en que al principio le puso Rosanette. Pero la deseaba como una cosa anormal y difícil, porque era noble, porque era rica, porque era devota; figurándose que tenía delicadeza de sentimiento, rara como sus encajes, con amuletos sobre la piel y pudores en la depravación.

Utilizó su antiguo amor; la contó, como inspirado por ella, todo lo que la señora de Arnoux le había hecho sentir en otro tiempo, sus languideces, sus aprensiones, sus sueños. Ella recibía aquello como persona acostumbrada á esas cosas y sin rechazarle formalmente, á nada cedía, y no llegaba á seducirla más que Martinon á casarse. Para concluir con el enamorado de su sobrina, le acusó de mirar al dinero, y hasta rogó á su marido que hiciera la prueba. El Sr. Dambreuse declaró, en consecuencia, al joven, que siendo huérfana Cecilia, de padres pobres, no tenía «ninguna esperanza,» ni dote.

Martinon, no creyendo que aquello fuese verdad, ó demasiado adelantado para desdecirse, ó por una de esas terquedades de idiota, que son actos de genio, contestó que su patrimonio, quin-ce mil pesetas de renta, les bastaría. Aquel des-interés imprevisto conmovió al banquero, que le prometió fianza para una plaza de recaudador que se obligaba á conseguirle, y en el mes de Mayo de 1850, Martinon se casó con Cecilia. No hubo baile. Los jóvenes salieron aquella misma noche para Italia. Federico vino al día siguiente á visitar á la señora de Dambreuse, que le pareció más pálida que de costumbre; y le contradijo ágricamente en dos ó tres asuntos in-significantes. Por lo demás, todos los hombres eran egoistas.

Los había, sin embargo, adictos, aunque solo fuera él.

—¡Ah, bah! Como los demás.

Sus párpados estaban rojos, llorabá. Des-pués, esforzándose por sonreír, añadió:

—Perdone usted, no tengo razón. Es una idea triste que me ha ocurrido.

Federico no comprendía nada de aquello.

—No importa; es menos fuerte de lo que yo creía—pensó.

Llamó ella para tomar un vaso de agua, be-bió un sorbo, lo devolvió y se lamentó de que le servían horriblemente. Para distraerla, se

ofreció como criado juzgándose capaz de pre-sentar los platos, limpiar los muebles, anunciar la gente, y de ser, en fin, un ayuda de cámara, ó mejor un cazador, aunque la moda hubiera pasado. Desearía ir detrás de un coche con un sombrero de plumas de gallo.

—¡Y cómo le seguiría á usted á pie, majestuo-samente, llevando en brazos un perrito!

—Es usted alegre—dijo la señora de Dam-breuse.

—¿No es una locura, repuso él, considerarlo todo por el lado serio? Había bastantes miserias sin necesidad de forjárselas. Nada merecía la pena de un dolor. La señora de Dambreuse le-vantó las cejas, á modo de vaga aprobación.

Aquella paridad de sentimientos estimuló á Federico á mayor atrevimiento. Sus desengaños de otras veces le servían ahora de clarividencia. Siguió:

—Nuestros abuelos vivían mejor. ¿Por qué no obedecer el impulso que nos mueve? El amor, después de todo, no era en sí mismo una cosa tan importante.

—Pero eso que usted dice es inmoral.

Había vuelto á colocarse en el confidente; él se sentó al borde, junto á los pies.

—¿No ve usted que miento? Porque para agra-dar á las mujeres, es preciso manifestar una in-sulsez de bufón ó furores de tragedia. Se bur-

lan de nosotros cuando se las dice que se las ama sencillamente. Yo encuentro esas hipérbolas que las divierten una profanación del verdadero amor; tanto que no se sabe ya cómo expresarlo delante de las que... tienen... mucho ingenio.

Considerábale ella con las pestañas entreabiertas; bajaba él la voz, inclinándose hacia su rostro.

—Sí; me da usted miedo. ¿La ofendo á usted quizás?... Perdón... Yo no quería decir todo esto. No es culpa mía. ¡Es usted tan linda!

La señora de Dambreuse cerró los ojos y se sorprendió él con la facilidad de su victoria. Los grandes árboles del jardín que se movían suavemente, se detuvieron. Algunas nubes fijas rayaban el sol con líneas rojas y hubo como una suspensión universal de las cosas. Entonces, noches semejantes, con parecidos silencios se presentan á su espíritu confusamente. ¿Dónde era eso? ..

Púsose él de rodillas, cogió su mano, y le juró amor eterno. Después, al marcharse, le llamó ella con una seña y le dijo muy bajo:

—Vuelva usted á comer; estaremos solos.

Parecíale á Federico, mientras iba bajando la escalera, que se había convertido en otro hombre, que la temperatara embalsamada de las calientes estufas le rodeaba, que entraba

definitivamente en el mundo superior de los adulterios patricios y de las altas intrigas. Para ocupar en ellos la primera plaza, bastaba una mujer como aquella. Avida, sin duda, de poder y de acción, y casada con un hombre mediano á quien había servido prodigiosamente ¿deseaba á alguno fuerte para conducirla? Nada había imposible ahora; sentíase capaz de hacer doscientas leguas á caballo, de trabajar muchas noches seguidas, sin cansarse; su corazón desbordaba de orgullo.

En la acera, delante de él, pasaba un hombre con un viejo paletó y la cabeza baja y con tal aire de fatiga, que Federico se volvió para verle. El otro levantó la cara: era Deslauriers, que vacilaba. Federico le abrazó.

—¡Ah, pobre amigo! ¿Cómo, eres tú?

Y le arrastró á su casa, haciéndole muchas preguntas á la vez.

El excomisario de Ledru-Rollin contó, primero, los tormentos que había sufrido. Como predicaba la fraternidad á los conservadores y el respeto de las leyes á los socialistas, los unos le habían disparado con sus fusiles y los otros le habían traído una cuerda para colgarle. Después de Junio, le destituyeron brutalmente; se le había metido en un complot, el de las armas cogidas en Troyes. Le soltaron por falta de pruebas. Luego el comité de acción le envió á

Londres, donde anduvo á bofetones con sus hermanos en un banquete. De vuelta á París...

—¿Por qué no has venido á mi casa?

—Tú estabas siempre ausente. Tu suizo tenía actitudes misteriosas; yo no sabía qué pensar; y luego, no quería reaparecer como vencido.

Había llamado á las puertas de la Democracia, ofreciéndose á servirla con su pluma, con su palabra, con sus actos; por todas partes le habían rechazado; desconfiaban de él, y había vendido su reloj, su biblioteca, su ropa.

—¡Más valiera reventar en los frontones de Belle-Isle, con Sénécal!

Federico, que se quitaba entonces la corbata, no pareció muy conmovido al oír aquella noticia.

—¡Ahl! ¿Está deportado ese bueno de Sénécal?

Deslauriers replicó recorriendo las paredes con aire envidioso:

—Todo el mundo no tiene tu suerte.

—Perdóname,—dijo Federico sin fijarse en la alusión—pero como fuera. Van á servirte; pide lo que quieras. Toma hasta mi cama.

Ante una cordialidad tan completa, desapareció la amargura de Deslauriers.

—¿Tu cama? Pero... eso te molestará.

—¡Ehl no; tengo otras.

—Ya; muy bien—dijo riendo el abogado.—

¿Dónde comes, pues?

—En casa de la señora de Dambreuse.

—¿Sería esa quizás?...

—Eres demasiado curioso —dijo Federico con una sonrisa que confirmaba la suposición.

Después, miró el reloj y se sentó.

—Pues eso es; ¡no hay que desesperar, antiguo defensor del pueblo!

—¡Misericordia! Que otros se ocupen de eso.

El abogado detestaba á los obreros por lo que había sufrido con ellos en su provincia, país de hulla. Cada pozo de extracción había nombrado un Gobierno provisional intimidándole sus órdenes.

—¡Su conducta, además, ha sido encantadora en todas partes: en Lyon, en Lille, en el Havre, en París! Porque siguiendo el ejemplo de los comerciantes que quisieran excluir los productos del extranjero, aquellos señores piden que se destierren los trabajadores ingleses, alemanes, belgas y saboyanos. En cuanto á su inteligencia, ¿de qué ha servido, bajo la Restauración, su famosa junta de oficiales? En 1830 entraron en la guardia nacional, sin tener siquiera el buen sentido de dominarla. ¿No han reaparecido desde el día siguiente del 48, los gremios con sus estandartes? Hasta pedían representantes del pueblo suyos, que no hubieran hablado sino para ellos. Todo como los diputados de la remolacha que no se inquietaban más que de la remo-

lacha. Ya tengo bastante pasado con esos cocos, que se prosternan sucesivamente delante del cadalso de Robespierre, las botas del Emperador, el paraguas de Luis Felipe, chusma eternamente adicta al que le arroja pan en la boca. Se grita siempre contra la venalidad de Talleyrand y de Mirabeau; pero el mandadero de la esquina vendería la patria por cincuenta céntimos, si le prometieran tarifar cada recado en tres pesetas. ¡Ah, qué falta! Hubiéramos debido poner fuego á los cuatro extremos de Europa!

Federico le contestó:

—¡Faltaba la chispal Eras! sencillamente pequeños burgueses, y los mejores de entre vosotros, galopines. En cuanto á los obreros, pueden quejarse; porque, si se exceptúa un millón sustraído á la lista civil, y que vosotros les habeis concedido con la más baja adulación, no habeis hecho por ellos más que frases. La libreta permanece en maúos del patrón, y el asalariado (áun para la justicia misma) sigue siendo el inferior de su amo, puesto que su palabra no es creída. Por fin, la República me parece vieja. ¿Quién sabe? Quizás el progreso no sea realizable sino por una aristocracia ó por un hombre. La iniciativa viene siempre de lo alto. El pueblo es menor de edad, por más que se diga.

—Tal vez sea eso verdad—dijo Deslauriers.

Según Federico, la gran masa de los ciudadanos no aspiraba más que al descanso (había aprovechado en el hotel Dambreuse), y todas las probabilidades estaban por los conservadores. Ese partido, sin embargo, carecía de hombres nuevos.

—Si te presentaras, estoy seguro...

No concluyó. Deslauriers comprendió, se pasó las dos manos por la frente, y luego de repente añadió:

—¿Y tú? Nada te lo impide. ¿Por qué no has de ser diputado? Por consecuencia de una elección doble, había en el Aube una candidatura vacante. El Sr. Dambreuse, reelegido en la Legislatura, pertenecía á otro distrito. «¿Quieres que me ocupe de eso?» Conocía muchos taberneros, maestros, médicos, pasantes de abogados y á sus principales. «Además, se hace creer á los aldeanos todo lo que se quiere.»

Federico sentía renacer su ambición.

Deslauriers añadió.

—Tú deberías buscarme una plaza en París.

—No creo que será difícil por el Sr. Dambreuse.

—Puesto que hablábamos de hullas—dijo el abogado, ¿qué es de su gran sociedad? Una ocupación de ese género es la que yo necesitaría. Y les sería útil, conservando, por supuesto, mi independencia.

Federico prometió llevarle casa del banco antes de tres días.

La comida, frente á frente con la señora de Dambreuse, fué cosa exquisita. Sonreía ella frente á él, al otro extremo de la mesa, por cima de un cesto de flores, á la luz de la lámpara suspendida; y como la ventana estaba abierta, veíanse las estrellas. Hablaron muy poco, desconfiando de sí mismos, sin duda; pero en cuanto los criados volvían la espalda, se enviaban un beso con los labios. Contó él su idea de candidatura; aprobóla ella, comprometiéndose á hacer que el Sr. Dambreuse trabajara en ella.

Por la noche, algunos amigos se presentaron para felicitarla y para compadecerla; ¡debía sentir tanta pena por no tener ya á su sobrina! Era bien, además, que los recién casados viajaran; más tarde sobrevienen las dificultades, los niños. Pero la Italia no correspondía á la idea que se tenía formada de ella; mas estaban en la edad de las ilusiones, y luego, que la luna de miel todo lo embellece. Los dos últimos que se quedaron fueron el Sr. de Grémonville y Federico. El diplomático no quería irse. Por fin, á media noche se levantó. La señora de Dambreuse hizo seña á Federico para que se marchara con él, y le agradeció su obediencia con una presión de mano más suave que todo lo demás.

La Mariscala lanzó un grito de alegría al

volverle á ver. Le esperaba desde las cinco; él se excusó con una gestión indispensable en favor de Deslauriers. Su cara tenía un aire de triunfo, una aureola, que deslumbró á Rosanette.

—Quizás sea por tu frac negro que te sienta bien; pero jamás te he encontrado tan guapo. ¡Qué guapo eres!

En un transporte de su ternura, juróse interiormente de no pertenecer á otros, sucediera lo que quisiera, aún cuando debiera perecer de miseria.

Sus lindos ojos, húmedos, chispeaban por tan poderosa pasión, que Federico la atrajo sobre sus rodillas y se dijo: «¡Qué canalla soy!» aplaudiéndose su perversidad.